



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año I | Número 3 | Diciembre 2020

Almendras amargas

María Inés Bedia ¹

mibedia@gmail.com

¹ Abogada, escribe, forma parte de lxs detectives de la elipsis (taller literario). Hincha de Boca, sobre todo. Ig: @mariainesbedia



Mi viejo no usaba zapatillas. No hacía deportes, aunque cada tanto simulaban jugar al tenis con mi mamá. Ella se ponía ropa deportiva, él se disfrazaba de persona común y corriente y así partían hacia el Boat Club con las raquetas en un bolso que mi papá se colgaba sobre su hombro izquierdo, de manera cruzada, dejando sobresalir el mango sobre el derecho. A mi hermana y a mí nos llevaban con ellos para que disfrutemos el aire libre, pero ante este evento tan inusual, terminábamos haciendo de público.

Era raro verlo sin camisa o chomba, pero sobre todo sin sus mocasines marca Guido. Se compraba un par cada cuatro años, decía que duraban el lapso que hay entre los mundiales o las elecciones presidenciales. Eran caros pero cómodos, así que había que hacerlos durar, como le había enseñado su padre, mi abuelo, quien había negociado casarse por iglesia -siendo ateo practicante- a cambio de un asado y un par de zapatos de industria nacional.

Los Guido existen desde 1952 y todavía hoy sigue abierta la casa donde mis viejos iban a comprarlos, allá por Quintana y Callao, en el mismo cruce de calles donde varios años antes bajaba el coche Milord en el que viajaba el entonces jefe de la policía, Ramón Falcón, el día que fue ajusticiado por el anarquista Simón Radowitzky.

Mi mamá se enojaba porque mi papá llevaba el reglamento a cada partido y lo revisaba ante cada jugada dudosa. No llegó a conocer el VAR, pero hubiese sido un fiel defensor, por su temor a que los errores humanos condicionen el resultado, y para discutir conmigo, deporte al que sí asistía con pasión. Además, jamás buscaba la pelota cuando se iba lejos, turnándonos para hacerlo entre mi hermana y yo, hasta que nos cansábamos y renunciábamos a la tarea sin aviso. Aprovechábamos el momento en el que se ponían a discutir alguna cláusula del reglamento para ir en busca de un helado de agua de esos que nos dejaban las manos teñidas de color rosado después de comerlo.

El partido se suspendía antes de tiempo ya sea por alguna pelea entre los contrincantes o por dolor de espalda de mi viejo a causa de -nos contaba mirando para atrás mientras manejaba de vuelta a casa- agacharse para alcanzar la pelotita. Mientras mi mamá cocinaba, mi papá se bañaba y al rato lo veíamos sentado en la mesa vestido, ahora sí, de él mismo, con camisa a cuadrillé aunque fuera fin de semana, y sus mocasines siempre lustrados.

Había heredado de su padre una caja para lustrar zapatos en las que guardaba de un lado el cepillo y del otro, las distintas pomadas color negro o marrón marca Wassington. Cada mañana los lustraba hasta que parecían recién comprados. Yo disfrutaba verlo hacer alguna tarea que no fuera leer, al menos por un rato. Sacaba la caja del piso del placard y la apoyaba al borde de la cama, donde se sentaba con una pierna cruzada sobre la otra. Embadurnaba el cepillo con betún y empezaba a darle lustre con la valentía de un lustrabotas.

Me quedaba al lado suyo todo lo que duraba la danza del cepillo. Sabía que en un rato perdía a mi papá entre los estantes de su biblioteca, y además, me gustaba el perfume de la pomada. ¿Sabes lo que le da ese olor? La esencia

de mirbano, así se conoce al nitrobenceno, me decía. Yo escuchaba y asentía con la cabeza mientras pensaba que el olor me hacía acordar a las almendras amargas.

Hace poco volví a la casa a buscar algunos libros de mi infancia para pasárselos a mi hija. Mientras revisaba la biblioteca, sentí curiosidad por la caja para lustrar, ¿seguiría guardada en el mismo lugar? Me asomé al placard y ahí estaba, en un costado, intacta. Abrí una lata de betún y me devolvió a mis nueve, diez, once años. Quisiera poder guardar el olor en un frasco de mermelada vacío para poder abrirlo cada vez que lo extraño. Cerré la lata y dejé la caja en su lugar, debajo de las camisas y pantalones colgados, al lado de los mocasines Guido.

